

Algunos problemas prácticos de la sociología de la crisis

ORLANDO FALS BORDA

Hay muchos indicadores que muestran que la América Latina ha venido pasando por una situación de crisis desde hace algún tiempo, muy probablemente desde fines de la Segunda Guerra Mundial, pero de manera más visible al finalizar la década 1950. Los estudios técnicos así lo señalan, no sólo en el campo de la sociología, sino también en el de las otras ciencias sociales, políticas y económicas.

La crisis que nos afecta es una fase crucial de nuestra historia que lleva al cambio de las estructuras tradicionales de la sociedad latinoamericana. Es crisis, porque las estructuras mismas han llegado a plantearse contradicciones o a sufrir incongruencias de tal entidad que no pueden resolver sin modificar esencialmente sus propias formas y contenidos.¹ La sociedad sufre así un proceso irreversible de desorganización interna que crea cuerpos y anticuerpos, expresado en valores, normas, grupos, instituciones y técnicas en conflicto. Según algunas interpretaciones teóricas, este conflicto debe ir refractando y agotando el orden social existente para formar eventualmente un nuevo tipo de colectividad.

Este proceso decisivo tiene alcance universal, llegando a saturar todos los niveles de la sociedad hasta tocar al individuo en sus grupos. Por eso los científicos sociales, como todas las demás personas, participan del conflicto e inevitablemente reflejan y expresan las disyuntivas, paradojas, complejidades y dificultades de la crisis. Es inficioso preguntarse si en esas circunstancias los científicos actúan como tales o como simples ciudadanos, o si son neutrales o no. No es posible hacer tal diferencia. Este tema, de la objetividad y la neutralidad valorativa, ya tan zarandeado, no vale la pena volver a tratarlo. Aquellos que todavía dudan pueden acudir a innume-

rables fuentes publicadas en todos los idiomas: ya es un asunto de cultura general y de conocimiento histórico.

Aún tomando en cuenta esa participación involuntaria en las crisis, que como decía Hans Freyer, lleva a la sociología a ser una autoconciencia científica de la sociedad —su redomada expresión intelectual—, queda por resolver si los sociólogos, junto a otros grupos participantes, lograrán ilustrar y orientar aquel proceso decisivo e irreversible. Este problema práctico de la orientación e ilustración del cambio social, que va más allá del planteamiento teórico mismo para situarse en el de la ideología y en el de los métodos,² es de la más crítica importancia, porque de su resolución dependerá la justificación y existencia de las ciencias sociales tanto en la actual época de crisis como en la etapa posterior de reconstrucción social.

Por lo mismo, sobre estos aspectos prácticos de orientación científica quisiera dirigir la atención. Otros colegas están presentando, por fortuna, síntesis teóricas e interpretaciones específicas de la crisis, tarea que también se necesita. Esta división del trabajo es tanto más necesaria cuanto que en nuestros países subdesarrollados se acumulan a tasa geométrica los problemas por resolver, ya que tenemos por delante no sólo el deber de diseñar nuestras propias técnicas de investigación y manejo, sino de estar al día con lo que ocurre en países avanzados para controlar sus implicaciones en nuestro medio.

Visión de la crisis

No obstante, para sentar las bases del examen ideológico y de las tesis metodológicas que siguen, es inevitable entrar un poco en lo sustantivo del tema. Lo que sigue resume puntos de vista expresados por muchos colegas autorizados en obras publicadas (citados en éste y otros trabajos de la sección 6) y responde a observaciones y experiencias directas. No es pues, una expresión pontifical, ni una mera intuición. Por el contrario, debe tomarse como una autocrítica, ya que por todo ello se ha sido a la vez actor y víctima.

Para comenzar, puede sugerirse que la crisis latinoamericana, en el momento actual, se alimenta de una mayor conciencia colectiva de determinados tipos de problemas políticos que no pueden resolverse sin implicar transformaciones profundas. Hay por lo menos dos tipos de problemas políticos que parecen estar en el meollo de la cuestión.

Ellos son:

1. Las limitaciones del reformismo (o desarrollismo) y sus campañas, que, aunque bien intencionadas a veces, no han inducido sino cambios marginales en la sociedad; como ésta, a pesar de todo, se sigue desorganizando, la crisis ahora exige soluciones más integrales y significativas de tipo estructural.

2. La revelación de los mecanismos propios de una dominación bastarda y de una inicua explotación, lo que lleva a concebir la posibilidad de cortar los vínculos coloniales internos y externos en que ellas se basan, suscitando la confrontación en unos y en otros la represión violenta.

Esto quiere decir que, en la actual etapa de la crisis, estaríamos ante un movimiento colectivo prerrevolucionario de protesta y resistencia tanto a la marginalidad producida por las políticas de paliativos, cuanto al colonialismo opresor de tipo herodiano, que hasta hoy han caracterizado y condicionado el subdesarrollo latinoamericano, esto es, el atraso, la pobreza y la dependencia del área. Puede colegirse de allí que la crisis que nos afecta no sería resuelta sino cuando se logren las transformaciones fundamentales exigidas, así en el plano interno con una subversión total, como en el plano externo con un rompimiento de los actuales vínculos de dominación y explotación, para llegar a construir una sociedad más satisfactoria, capaz de autodeterminarse y de auto-realizarse.

La sociología latinoamericana está en capacidad de contribuir a esta revelación de los mecanismos políticos, al enfocar y desmenuzar las condiciones objetivas de la crisis e inducir la racionalidad en los respectivos procesos. Además, ella puede también demostrar, con los trabajos existentes y futuros, que las dos tesis expuestas se adecúan a la realidad. Ello se puede constatar con la investigación y con la aplicación práctica. En efecto, muchas personas han venido adelantando estudios y trabajos en todas partes, para entender mejor la problemática de la crisis y acercarse al pueblo que la sufre directamente. Resulta de allí una cadena de frustraciones no sólo para el observador sino para el pueblo mismo, producida por factores estructurales. Pero esta experiencia negativa no torna pasivos a sus sujetos, sino que origina en ellos una corriente soterrada de resistencia y esperanza. Muchas veces se engaña a las masas haciéndoles promesas que no se cumplen, para pacificarlas; pero, por el proceso de las contradicciones de los sistemas vigentes, insensiblemente se va llegando a un nivel de saturación y presión semejante al que precede

a una explosión. Así, hasta los paliativos se dinamizan y pueden convertirse en catapultas de acción. Pero este ciclo de cambio social dirigido y controlado, de naturaleza marginal y frustrante, parece llegar a su fin.

Es evidente, por lo mismo, que la crisis latinoamericana es un asunto cualitativo y no meramente cuantitativo. Lo cualitativo empezó a desbordar lo cuantitativo, en el sentido de que las campañas oficiales de desarrollo económico y social, los planes de fomento de la inversión, la teoría del “despegue” y los mitos de la inyección de capitales, no han satisfecho ni a sus propios campeones. El cerrado bastión de las cifras y de los dólares no ha permitido ver los valores sociales que se derivan de los imperativos históricos. Por eso, tales esfuerzos reformistas no han provocado sino las modificaciones superficiales señaladas, deformando la sociedad, aumentando las distancias entre los grupos y creando una barbarie técnica moderna.

Éste es un desarrollo social inútil que hace sufrir en balde al pueblo, porque no dinamiza suficientemente los factores últimos de la transformación. En esencia, éstos no son de índole material sino que llegan al dominio de lo moral y espiritual. Para ganar la autodeterminación política y la autorrealización intelectual que permitan a nuestra región articularse como un todo ante el mundo, se necesita formar un hombre latinoamericano nuevo.

Era más fácil para nuestros abuelos organizar revoluciones, porque no existían entonces tantas vinculaciones restrictivas de todo orden con países de fuera del área como hoy, que impiden una confrontación radical conjunta. Pero parece evidente que hay que hacer un reto al mundo desarrollado, si queremos realmente soltar las amarras. Este reto puede hacerse en varios sentidos, pero primordialmente buscando acelerar el proceso de ajustes y desajustes internos que en ese mundo de los privilegiados se ha desencadenado últimamente, y de cuyo acontecer vienen llenos los diarios. La maquinaria imperialista es demasiado fuerte para que no pueda resistir los ataques externos, aquellos que provienen de su periferia; pero es vulnerable desde el interior. De allí que la crisis latinoamericana, si se maneja bien, podría ser un catalítico más en la crisis interna del mundo occidental avanzado, que parece perfilarse. Quizás no sea muy iluso esperar que las relaciones y los factores de poder varíen sustancialmente en esos países, para permitir la formación de un mundo distinto, mucho más justo y menos cruel que el que hemos conocido hasta ahora.

La sociología, respondiendo a esta crisis, entra ella misma en crisis. Plantea entonces las implicaciones que la situación tiene, así

para la teoría como para los métodos clásicos de observación e inferencia. Como veremos más adelante, la sociología, al sufrir la crisis, se reorienta hacia las urgencias actuales de la sociedad. Sin ánimo de abusar de los adjetivos, parecería que la sociología latinoamericana al reorientarse en estos momentos fuera dejando poco a poco su scrvilismo intelectual —que le ha llevado a la adopción casi ciega de los modelos teóricos y conceptos desadaptados a nuestro medio, pero que tienen sus referentes en Europa y los Estados Unidos—, para tratar de “volar sola” y ensayar su propia interpretación de nuestras realidades. Al mismo tiempo, casi sin notarlo, va adquiriendo una dimensión política central para desentrañar el sentido de la crisis, convirtiéndose en ciencia estratégica para el presente y clave para el porvenir del área.

Si esto es así, entonces la ciencia social verá el surgimiento de un nuevo e interesante conjunto de teorías y conceptos construidos alrededor del proceso político liberador, en respuesta a la superación de la actual crisis: porque para cambiar el mundo, es necesario comprenderlo. Esta “sociología de la liberación” sería un acto de creación científica que satisfaría al mismo tiempo los requisitos del método y de la acumulación del conocimiento científico, aportando tanto a las tareas concretas y prácticas de la lucha inevitable como a las de la reestructuración de la sociedad latinoamericana en esa nueva y superior etapa. Teoría y práctica, idea y acción, se verían así sintetizadas —o en fructuoso intercambio— durante este periodo de dinamismo creador.

Esbozo histórico de la “sociología comprometida”

Como dije antes, estas ideas no son nuevas. Constituyen, hasta cierto punto, una convergencia en los trabajos y preocupaciones de diversos colegas de varios países latinoamericanos, cuyo esfuerzo vale la pena ahora colocar en perspectiva, desde el punto de vista de la estructura de su pensamiento ante la crisis misma de la sociología.

Juzgando por las fuentes publicadas, varias etapas pueden distinguirse en el desarrollo de este proceso de crisis y protesta intelectual. Una primera es la de la incubación del movimiento. Se recordará que durante la década de 1950 se establecieron departamentos universitarios de sociología que protocolizaron el paso de la sociología filosófico-literaria a la empírica (especialmente en Argentina, Venezuela y Colombia), y se establecieron institutos de investigación como la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO),

en Santiago de Chile, y el Centro Latinoamericano de Pesquisas em Ciências Sociais, en Río de Janeiro. Estos departamentos y centros se inspiraron en modelos teóricos y conceptos que tendieron a sistematizar el conocimiento e incorporarlo a la corriente intelectual de Europa y los Estados Unidos, donde se habían educado sus principales promotores. Pero pronto se descubrió que ese intento, aunque positivo en varios sentidos, impedía el estudio de algunos temas fundamentales propios de la región, así como la conformación de un pensamiento autónomo sobre la problemática latinoamericana; este descubrimiento fue relativamente rápido, porque a comienzos de la década de 1960 ya se registraron algunas expresiones articuladas de la protesta intelectual, en respuesta a los crecientes problemas del hemisferio.³ No menos pertinente había sido el ejemplo de economistas latinoamericanos que acababan de adoptar una posición crítica respecto a su propia disciplina.⁴ Otros pensadores, como Alberto Guerreiro Ramos y Sergio Bagú habían añadido contribuciones iconoclastas de grande interés.⁵ Guerreiro Ramos, en especial, hizo disquisiciones completas sobre la “ley del compromiso del investigador”, la heteronomía y autonomía científicas, la “sociología consular” y otros conceptos hoy corrientes que en aquella época eran heréticos, lo cual hace de él un verdadero pionero de la “sociología comprometida”

Así, de la incubación se pasa a una primera articulación de la nueva posición, todavía indecisa, que es más que todo un reflejo de lo que ocurre en otras disciplinas y en otros lugares. Un momento clave en esta transición parece haber sido la organización del seminario sobre “Resistências a mudança” en el Centro de Río de Janeiro, en 1959, entonces colocado bajo la dirección de Luiz A. Costa Pinto, otro de los grandes promotores de la “sociología comprometida” Convocado durante los tiempos prerrevolucionarios del Brasil, y luego del impacto de la revolución cubana, dio ocasión a sus participantes para expresar una crítica más firme a la función de la sociología y otras ciencias sociales en aquel momento histórico. El volumen con los estudios presentados en ese seminario, publicado en 1960, tuvo una amplia resonancia y abrió la puerta a aventuras de mayor aliento en el nuevo campo de la sociología y de la auto-crítica científica, que tan oportuna y tempranamente hacían su irrupción en nuestro medio.⁶

En 1961 aparecen algunas observaciones críticas dirigidas a la aplicación del método científico y a la orientación de la sociología, notablemente la de Octavio Ianni.⁷

Un evento internacional de gran trascendencia fueron las Jornadas Latinoamericanas y Argentinas de Sociología, realizadas en septiembre de 1961 en Buenos Aires. Allí, entre otros trabajos meritorios, se registra la ponencia de Camilo Torres, entonces profesor de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia, titulada “El problema de la estructuración de una auténtica sociología latinoamericana”, que es un planteamiento franco sobre la incidencia de los valores en los enfoques metodológicos.⁸

La nueva senda se abre en los años siguientes, pasando a una etapa más decisiva del movimiento, cuando éste adquiere mayor seguridad y hace sus primeros intentos firmes de autonomía intelectual. Así, en 1963 aparecen dos obras capitales en que se plantea con mayor precisión el nuevo papel del sociólogo —y del intelectual— ante el desarrollo de la región y sus problemas: la de Luiz A. Costa Pinto, *La sociología del cambio y el cambio de la sociología*,⁹ y la de Florestán Fernandes, *A sociologia numa era de revolução social*.¹⁰

La obra de Costa Pinto, en especial, trata del concepto sociológico de crisis, y de él parten algunos de los planteamientos del presente estudio. En esos años estas obras representaban una posición corajuda y algo insular. Pero estos libros se distribuyeron por toda la América Latina, sembrando justificadas inquietudes.¹¹

Sea a través de tales publicaciones o de manera independiente —pero que demuestra la vigencia y amplitud del movimiento de transformación latinoamericana—, la misma protesta vuelve a aflorar al nivel intelectual en Colombia y Argentina entre 1964 y 1965, países ambos que a la sazón entraban en crisis políticas agudas. La organización del VII Congreso Latinoamericano de Sociología en Bogotá da mayor impulso al movimiento intelectual de protesta, al estimular un pensamiento propio sobre la problemática regional, expresado en muchos de los estudios allí discutidos.¹² Poco después, la nueva *Revista Latinoamericana de Sociología*, en Buenos Aires, se convierte en portavoz de las nuevas ideas, publicando trabajos que expresan las inquietudes corrientes, entre otros los de Jorge Graciarina¹³ y Torcuato S. Di Tella.¹⁴ Juan F. Marsal, en su estudio, “Los intelectuales latinoamericanos y el cambio social”, ofrece entonces otra importante contribución en este campo.¹⁵ Casi simultáneamente, se organiza en Londres un seminario sobre “Obstáculos al cambio”, del cual fue coordinador Claudio Veliz, en el que se logró cristalizar más el pensamiento común de los participantes latinoamericanos ante la crisis del área y la de sus respectivas disciplinas;¹⁶ y otro en Buenos Aires, del que resultó el volumen *Del Sociólogo y su compromiso*, editado por Juan Carlos Agulla y otros.^{16a}

Igualmente, se registran las importantes aportaciones de Rodolfo Stavenhagen,¹⁷ Pablo González Casanova,¹⁸ Manuel Maldonado Denis,¹⁹ Eliseo Verón,^{19a} Theotonio dos Santos,²⁰ y Aldo Solari.²¹

La de Solari señala algunas debilidades y peligros de la tendencia estudiada, y se refiere, en parte, a un estudio del presente autor sobre el mismo tema.²² En otros países, como Chile, Paraguay, Uruguay, Venezuela y Perú hay expresiones varias de esta nueva sociología, no sólo en el plano intelectual y del conocimiento como se viene describiendo, sino en el resultado de diversas investigaciones. La tendencia ha sido registrada también últimamente en Cuba.

Como la crisis misma, este movimiento intelectual de revisión y autonomía no tiene trazas de detenerse. Por el contrario, se ha extendido a otras ciencias sociales como la antropología, la historia y la ciencia política.²³ Se constituyó, además, en tema central de la última Asamblea del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) en Santiago de Chile (octubre de 1969), donde figuraron como ponentes Juan F. Marsal, Miguel Wionczek y Marcos Kaplan.²⁴ Llega así a una cierta culminación este movimiento, confirmada por los aportes para el presente Congreso y la creación de su sección especial sobre "La crisis latinoamericana."

En esta ocasión tan propicia, conviene seguir delimitando el área de discusión y señalando aspectos centrales. Con base en la división del trabajo ya señalada, por nuestra parte enfocaremos algunos problemas prácticos de la orientación científica en épocas de crisis, bajo los siguientes aspectos:

1. Algunas normas y métodos apropiados para el estudio en situación de crisis.
2. La tendencia a convertir a la sociología, en tales circunstancias, en una ciencia política.
3. La consecuente definición del "compromiso" del sociólogo.
4. Las dificultades de este "compromiso" para la acumulación sistemática del conocimiento sociológico.

Discutiremos cada uno de estos problemas, a continuación.

Normas y métodos

Es humano y natural que en época de crisis se quiera refugiarse en instituciones más o menos estables de las que puedan derivarse normas claras, o "reglas de juego", tanto para la disciplina como para

la conducta de sus practicantes. Sin embargo, esta tendencia eminentemente escapista —y algo acomodada y floja— debe controlarse en épocas críticas, precisamente porque tiende a fosilizar la acción y a rutinizar el estudio en momentos cuando éstos requieren de la mayor libertad y agilidad. Evidentemente, no se trata de abolir las reglas de juego, sino de advertir sus limitaciones cuando tienden a convertirse en cadenas del pensamiento, preservando la continuidad de éste y el proceso de acumulación del conocimiento o su formalización, que distingue a toda ciencia.

En efecto, es observable que la crítica científica y la crítica de la crítica —de las que se esperan las normas propias de nuestra disciplina— no ayudan a resolver el problema de la ideología que tiene cada investigador, siendo que éste es un asunto básico en momentos de crisis. No es prometedora esa guía, ni aun cuando el criterio que se usa para ese fin es el seguir las reglas que impone la comunidad de científicos, especialmente si esta comunidad es numerosa y variada. Si por los frutos se puede conocer, la experiencia norteamericana y europea con sus respectivas comunidades científicas, tan numerosas y variadas, no ha sido suficiente para obviar el problema de la ideología de sus miembros, antes por el contrario tal institucionalización ha producido en esos casos un nivelamiento hacia lo superficial o secundario. Para el caso latinoamericano de los últimos años, Verón observa que “el funcionamiento de un proceso autocorrectivo dentro de los mecanismos de la comunicación científica” en sociología, no fue nada eficiente: produjo, en cambio, el *refuerzo* de la orientación ideológica dominante (el funcionalismo).²⁵ Este nivelamiento lleva a un refuerzo de los valores tradicionales, así de la sociedad como de la imagen “estereotipada” de la ciencia que esa sociedad transmite. Muy conocidos son los peligros del mutuo “incensario” y el cruce de ideas dentro de tales grupos de intelectuales, que llevan a la mediocridad y la esterilidad científica. Por eso no se supera necesariamente el sociocentrismo —o el etnocentrismo— cuando se establece o amplía la comunidad de científicos, sino que se puede reforzar aquella negativa actitud, disminuyendo las posibilidades de renovación y de reorientación de la ciencia. Así se consagran, más bien, los valores tradicionales de los adeptos, que pueden quedar incongruentes con los de la sociedad mayor en un momento dado. Es lo ocurrido en las venerables academias de élites intelectuales tradicionales (historiadores, lingüistas, jurisperitos, periodistas), sin contar con otras capillas de reciente constitución, como las de los economistas ortodoxos. En otras palabras, para creer a los crí-

ticos, éstos deberían también reflejar y estar conscientes de los problemas reales de la sociedad, aunque lleguen a organizarse.

Las normas generales que mejor podrían guiar el trabajo científico en época de crisis parecen ser aquellas que resultan de la experiencia misma de la aplicación del método a los procesos sociales, observando las actitudes de responsabilidad y honestidad que deben distinguir a todo científico. La mejor manera de saber si se va por la mejor dirección —y saber, por lo mismo, si se está siendo objetivo o no— es la de producir hechos y hacer que las ideas se traduzcan a la práctica: que los estudios demuestren, ante todo, sus méritos y su objetividad por el rigor con que han sido concebidos y elaborados, y por su eficacia en la reconstrucción de la sociedad; y que la teoría se deje guiar por la realidad para que pueda enriquecerse. Así se iría formando, en efecto, una ciencia proyectiva y futurista, adaptada a la comprensión y superación de la crisis existente y que a ella afecta, en que entrarían en juego algunas profecías autorrealizables.²⁶

Esto es así, porque los datos del análisis y los hechos pueden ir cambiando las situaciones reales en que se involucran, en forma tal que las hipótesis se vuelvan correctas. La idea de que tales hipótesis puedan validarse “sólo por sus propios canales de verificación y no por la acción política inmediata”,²⁷ peca de *misplaced concreteness*, es decir, de confundir la naturaleza de la evidencia. Ello puede ser cierto en el campo de las ciencias naturales, pero no en el de las sociales, porque implica una cierta plasticidad e inercia en los elementos naturales que los hechos sociales, obviamente, no tienen: en efecto, es elemental que éstos constituyan una línea continua y sistemas abiertos de naturaleza volitiva y reflexiva. Esto induce a buscar canales de verificación sin salir del marco real de la acción social, política o económica. Por ejemplo, la hipótesis de que las antiélites tienen tendencia a la claudicación podría confirmarse dentro del proceso social e histórico inmediato y, en efecto, anticipa esa posibilidad de acción. También puede verificarse a través del examen de una distribución de variables que, en todo caso, estarían condicionadas por la dimensión tiempo y que marcarían cierta tendencia proyectiva hacia el futuro: viene a ser como la antigua idea de la predicción, pero puesta a nivel más dinámico y, si se quiere, más realista. Una técnica interpretativa distinta nos llevaría a un plano de determinismo científicista, en que la ciencia aparece como un ente aparte, con volición y leyes propias desconectadas de la realidad social, como han intentado hacer, por ejemplo, algunos demógrafos con el concepto de “*optimum* de población”. O llevaría también a aplicar normas naturalistas o exactas irrelevantes, lo que es otro

error, como bien se sabe desde los sermones de Sorokin sobre “Achaques y manías.”

Pero el reconocer esta distinción entre lo natural y lo social no implica menos enfatizar el rigorismo. Puede llegarse a la formalización de la ciencia social en sus propios términos y con mayor seguridad, sin seguir aquella vía imitativa un tanto ridícula (que sólo desprecios y burlas nos han traído de los científicos exactos), adoptando reglas de juego basadas en la experiencia pasada y en la acción proyectiva, sin salir del ámbito de lo social. Allí radica, precisamente, el mérito que han tenido “profetas” sociológicos como Rousseau, Malthus y Marx, cuyas obras, hasta cierto punto, condicionaron la sociedad futura al emitir hipótesis y hacer proyecciones que se constituyeron en factores activos de cambio social. Es lo mismo que, en nuestros días, están haciendo estudiosos como André Gorz y Herbert Marcuse, visionarios del marxismo humanista, cuyas ideas (hoy vistas a veces como ilusas) pueden en un momento dado catalizar la acción y transformar las sociedades del Viejo Mundo y del Nuevo, tornando así en verdaderas sus hipótesis. Esta tendencia proyectiva o futurista en la ciencia social, que va confirmando o desvirtuando conceptos en la realidad de la vida, es muy conveniente de tomar en cuenta en épocas de crisis, por lo menos porque muestran ciertos parámetros posibles.

Algunos de los métodos requeridos para esta tarea de análisis y proyección son conocidos, otros muy poco ensayados. Una regla general puede ser aquella derivada del marxismo, la de afirmarse en la realidad ambiente vinculando el pensamiento con la acción. Así, por ejemplo, podrían concebirse las siguientes técnicas graduadas para trabajos de encuesta en el terreno:

1. *La observación-participación*, el grado más bajo, que tiene defensores muy ortodoxos y una tradición respetable. Aquí la actitud del científico es eminentemente “simpática” en el sentido de Cooley, es decir, se vuelve sensible a la personalidad de la gente y puede lograr una descripción fiel y piadosa de la comunidad estudiada.

2. *La observación-intervención* también ya utilizada, aunque mucho menos, por sociólogos y antropólogos (en Perú, Bolivia, El Salvador y Colombia), que implica experimentar con elementos culturales dentro de una situación para observar los efectos de los cambios inducidos dentro de cierto margen. Aquí la actitud del científico sería eminentemente empática, es decir, tiene visos de participación vicaria con la gente estudiada, pero todavía condicionada por un

envolvimiento parcial con ella. Es un grado más adelante que el anterior.

3. *La observación-inserción*, vista como una técnica muy apropiada en época de crisis, que implica no sólo combinar las dos anteriores sino ir más allá para ganar una visión interior completa de las situaciones y procesos estudiados y con miras a la acción presente y futura. Esto implica que el científico se involucre como agente dentro del proceso que estudia, porque ha tomado una posición en favor de determinadas alternativas, aprendiendo así no sólo de la observación que hace, sino del trabajo mismo que ejecuta con los sujetos con quienes se identifica. Emplearía así lo que Dilthey llamó la “comprensión total” (*verstehende Erfassen*), para ganar las metas del cambio propuesto y el entendimiento científico del proceso respectivo.²⁸

Como no se ha delimitado bien este campo de los métodos, estudios de casos con entrevistas no estructuradas, de preguntas abiertas y con sondeos en profundidad, con marcos flexibles bien diseñados, todos ellos parecerían fundamentales. El método de investigación histórica es necesario: la búsqueda de datos históricos y documentales y el trabajo en archivos deben complementar el corte seccional con la perspectiva diacrónica.

En general, se buscaría lo cualitativo y el sentido de las cosas y los procesos, con una visión global e histórica; pero sin rechazar lo mensurable ni despreciar lo sectorial. No se trata de volver atrás a la sociología elemental de hace veinte años (en lo que tiene razón González Casanova)²⁹ ni tampoco al ensayismo sin rigor de tiempos pasados. Se busca seguir adelante en las técnicas, construyendo sobre lo ya alcanzado, que en muchas partes no es despreciable. Que las cifras y las series tengan sentido y trasciendan al conjunto; que los microestudios adquieran la perspectiva temporal y se coloquen en un marco general; que las técnicas no se vuelvan un mero pasatiempo o ejercicio intelectual; que el diario de campo vuelva a ser herramienta básica de sociólogo, que demuestre cómo el mejor equipo que pueda tener un investigador es su mente observadora, y no el computador.

En lo que se refiere a la cuantificación misma, quizás valdría la pena desarrollar técnicas proyectivas de análisis semejantes a algunas establecidas en otras ciencias, como la de “aceleración de sistemas” en psicología industrial, y el “análisis de paso” (*path*) de los matemáticos. Estas técnicas, así como la del “panel”, se han ensayado con relativo éxito en países avanzados. Aquí habría que alimentar

esos modelos con variables y atributos críticos, con presuposiciones muy diferentes enraizadas en nuestros problemas, y con el fin de evitar los peligros de reducida trascendencia que ya se observan en esas técnicas. En similares condiciones, valdría la pena seguir ensayando con modelos de simulación y la cibernética, como se ha hecho en Venezuela, y con la probabilística de la “teoría de los juegos”. Valdría la pena también volver a preguntarnos sobre las diferencias entre “tiempo social” y “tiempo cronológico”, plantear las posibilidades de “correlaciones diacrónicas”, hablar de “trayectorias” hacia el futuro y del punto en que los cambios cuantitativos producen una transición cualitativa, como lo hace Galtung en reciente artículo.³⁰

Finalmente, una observación sobre la comunicación de las ideas que puede tener vigencia, no sólo en época de crisis, sino quizás en todo momento. La sociología ha tenido cierta tendencia a usar eufemismos y barbarismos innecesarios que, como es de esperarse, disfrazan la realidad. Sin perjudicar, por supuesto, el proceso de conceptualización (nomotecnia) que distingue a toda ciencia, el nuevo estilo debe ser preciso y claro, y las técnicas deberían simplificarse al presentarlas al público. Este público incluye también a los planificadores y políticos, hecho que con frecuencia se olvida y que tiende a crear una ciencia de “recinto cerrado” en momentos cuando más se necesita en la propia sociedad.³¹

No cabe así pensar que la sociología producida con estas preocupaciones intelectuales y técnicas pueda ser mejor o peor que aquella que defienden los puristas y los científicos que se dicen neutrales. Por el contrario, juzgando por lo acontecido en épocas anteriores de similares encrucijadas decisivas en la historia de la ciencia, puede asegurarse que los trabajos producidos en estas circunstancias, con plena conciencia de la crisis y deseosa de superarla en el sentido del cambio real y profundo, son los que justifican y aseguran la existencia de la sociología en tales épocas. Veremos más adelante, al discutir los aspectos políticos, cómo muchos de los nombres más respetados de la sociología están vinculados a este tipo de ciencia que responde a las crisis. Por lo tanto, aquellos que siguen esta tendencia bien pueden mantener la frente en alto. Pero esta justificación científica debe provenir del trabajo arduo y constante y del contacto fiel y estrecho con la realidad. Esta tarea se delinea más claramente en épocas críticas que en etapas “normales” del devenir histórico. Es una tarea indispensable, si queremos asegurar la continuidad de nuestra ciencia y la creación de una nueva y mejor sociedad.

Sociología y política

Es posible derivar diferencias de presentación y forma entre la “sociología científica” y el “género literario” del ensayo político, como a veces se ha hecho. Pero, en el fondo, tales diferencias parecen espurias. Cabe preguntarnos si en verdad puede concebirse una sociología sin política, esto es, sin qué atañe o afecte en una u otra forma a los intereses de la colectividad. Intrínsecamente, ella es una ciencia política, y la llamada “ciencia política”, bien hecha, es sociología científica. Pero lo mismo puede decirse de otras disciplinas sociales. En momentos críticos, más que en otros, se acumulan problemas y decisiones a una escala global tal, que ninguna ciencia por separado logra articular respuestas satisfactorias. Aparece así una urgencia de sintetizar y combinar ciencias, lo que lleva al trabajo multi-disciplinario. La crisis parece exigir una “ciencia integral del hombre”, sin distinguir fronteras artificiales o acomodaticias entre disciplinas afines.³²

Esto puede ser cierto en todo momento por la índole misma de los problemas que se estudian, pero se refuerza e intensifica en épocas de crisis colectiva. El caso concreto de la sociología, y la ciencia política lo ilustra plenamente y también el de la ciencia económica. Las obras sociológicas de mayor influencia que se han concebido con la suerte del *polis* in mente, han tenido siempre un definido impacto político. Pero al mismo tiempo, han promovido escuelas de pensamiento social e introducido importantes teorías y conceptos. Según Myrdal, “las principales orientaciones nuevas en teoría económica, aquellas conectadas con nombres como los de Adam Smith, Malthus, Ricardo, List, Marx, John Stuart Mill, Walras, Wicksell y Keynes, eran todas respuestas al cambio de condiciones y posibilidades políticas y estuvieron conscientes del subfondo político de sus obras”³³ Esto, que parece obvio, debe repetirse porque se olvida con frecuencia. Lo mismo, aunque en otro sentido, puede aducirse de aquellos intelectuales aparentemente menos preocupados con la política, como los sociólogos “científicos” o “puros” de la escuela empírica, que han respondido a su manera a las necesidades políticas de sus sociedades, saturando sus obras con racionalizaciones y mediciones de los sistemas vigentes.³⁴

Han llegado hasta a servir (consciente o inconscientemente) a Estados beligerantes a través de investigaciones sobre la “contra-insurgencia”, concepto que puede llegar a ser científico en sí mismo.

En la práctica parece ocurrir que los sociólogos de esta escuela “científica”, como muchos otros científicos políticos, no han sabido

estudiar el fenómeno revolucionario de nuestros días, haciendo un parcial análisis del mismo y fomentando ideas erróneas sobre el socialismo y otros movimientos iconoclastas, deformaciones que sólo ahora empiezan a corregirse. Es fácil ver cómo el solo hecho de enfocar la sociedad y sus realidades —especialmente las conflictivas y problemáticas— ya concede al estudio sociológico una dimensión política, si no activa, por lo menos latente, y lo convierte, si se quiere, en un ensayo político. Pero esta visión política no niega, ni mucho menos, el quehacer científico-social.

Por eso, la diferencia que se quiere hacer entre sociología científica y ensayo político, en el fondo, no existe. Esta diferencia un poco falaz se deriva del vacío conceptual y teórico producido en la sociología desde fines del siglo XIX, que pretendió llenar la escuela empírica, cuantitativa y sincrónica de este siglo, dominante hasta ahora, la que se considera como “científica” y “neutra”. La potencialidad política de la sociología, tan evidente en el siglo XIX, vino a considerarse como algo anticientífico e indeseable, que había que combatir. En este cambio de enfoque tuvo que ver la búsqueda de la objetividad “à la science naturelle” y la acumulación fáctica que obsesionó en especial a los pensadores norteamericanos, una tarea que, como ya hemos visto, es y será fútil como tal. Como se sabe ya ampliamente, lo que produjeron aquellos pioneros anglosajones fue una sociología que desembocó en modelos de equilibrio estructural, cuyo efecto político fue el mantenimiento del *statu quo*. En cambio, los grandes fundadores de nuestra disciplina en el siglo XIX, aun aquellos que la cultivaron en la América Latina, siguieron una vertiente diferente, la de la historia y los procesos sociales. Su visión era diacrónica y su modelo resultó ser el del conflicto social. Ni qué decir que también ellos tuvieron profundo efecto en la política; pero también de ellos y de su síntesis sociológica y política se deriva buena parte de la teoría y de los conceptos vigentes hoy en nuestra ciencia, y que emplean hasta los sociólogos “científicos” y “neutros”.

En consecuencia, la alternativa que se presenta a los sociólogos de hoy es: si van a seguir preferentemente los marcos de referencia del equilibrio estructural y la acumulación fáctica de rutina, con su tendencia a temas sin trascendencia y con las consecuencias políticas sabidas; o los del desequilibrio y el conflicto, que parecerían estar más a tono con nuestros tiempos críticos y de cuya aplicación también se esperarían, como antes, efectos tanto en lo político como en el enriquecimiento de la ciencia.

La temática reflejaría inmediatamente esta disyuntiva, porque los problemas que se presentan son grandes y complejos. Para pasar por

encima del vacío conceptual de este siglo, habría que acudir a muchos temas de los sociólogos del siglo XIX y retomar de ellos el hilo investigativo que el empirismo y la microsociología mal entendidos dejaron trunco. Así, por ejemplo, en un caso colombiano, para el estudio de la pobreza actual habría que tomar como punto de partida a Miguel Samper (cuya obra fundamental sobre este tema es de fecha 1880) y no a ninguno del siglo XX. El tema mismo de la pobreza, bien entendido, ya tiene una dimensión política, y ésta es inseparable de la sociología de la pobreza. Como no podría evitarse su estudio si se quiere superar la crisis latinoamericana, esta decisión es al mismo tiempo política y científica. Lo mismo habría que decirse de otros pioneros como Esteban Echeverría, Sarmiento, Lastarria, Saco, Martí, Juárez, Silvio Romero, José Bonifacio, así como de conceptos centrales como “explotación”, “imperialismo”, “violencia”, “poder”, “liberación”, “democracia” y “caudillismo”: todos temas del siglo XIX, que al mismo tiempo son sociología y política y que se encuentran en la esencia misma de la problemática actual.³⁵ No son menos que otros grandes temas a estudiar, como el neocolonialismo, la contrarrevolución y la dependencia.

Por eso, cuando afrontan los grandes problemas, como deberían hacerlo, los estudios de sociología son también una forma de acción política, ya que la una va inextricablemente mezclada con la otra, aun más en épocas de crisis. Mientras más conciencia se haga sobre ello, mayor control tendremos los científicos sociales sobre el resultado de nuestras indagaciones y el efecto de nuestras enseñanzas, sin esperar por eso que lleguemos a ser “filósofos-reyes”. Concediendo que esta actividad sea crucial en toda época, una política sociológica, análoga a la ya existente política económica, sería el menor de los males, como lo reconoce Hans-Jürgen Krysmanski, en su estudio sobre la sociología en Colombia.³⁶

Definición del compromiso

Tales dilemas se agudizan al estudiar el problema del compromiso como un hecho social en sí mismo. Debe decirse, ante todo, que no se ha pretendido crear una nueva escuela sociológica “comprometida”, comparable a otras que, justificadamente o no, hubieran precedido a este movimiento. Ello negaría la existencia misma de la sociología, por cuanto ésta es una ciencia con un cuerpo propio de conocimientos que se alimenta de lo que a ella le traen sus cultores, sean comprometidos o no. Pero, evidentemente, existe confusión

respecto a la naturaleza del compromiso de que tanto se habla. Vale la pena aclararlo, aun a riesgo de parecer elemental.

Hay aquí, desde su origen, un grave problema semántico que debe resolverse, semejante al de otros conceptos ambiguos de nuestra lengua (como subversión, política, igualdad) que reflejan nuestro acondicionamiento cultural y la socialización incongruente con el cambio a que nos hemos visto sometidos desde la niñez. Los franceses tienen la ventaja de emplear dos palabras que dramatizan las diferencias que en el español quedan cobijadas por una sola: *engagement* y *compromis*. La idea sartriana de *engagement*, como se sabe, es la que más se acerca al concepto de “compromiso” que queremos definir para la sociología de la crisis: es la acción o la actitud del intelectual que, al tomar conciencia de su pertenencia a la sociedad y al mundo de su tiempo, renuncia a una posición de simple espectador y coloca su pensamiento o su arte al servicio de una causa. En tiempo de crisis social esta causa es, por definición, la transformación significativa del pueblo que permita sortear la crisis decisivamente, creando una sociedad superior a la existente. Por lo tanto, haciendo por ahora abstracción de los medios (lo que plantea un problema sociológico distinto, más complejo y menos delimitado aún), el compromiso con esta causa de la transformación fundamental es la acción válida, el *engagement* consecuente. Es el “compromiso-acción” que justifica a los activistas y a la ciencia social en un momento histórico como el actual.³⁷

El otro compromiso, el *compromis* francés, implica el transigir, hacer concesiones, arreglos, arbitrajes, entregas o claudicaciones. Es el “compromiso-pacto” que anima consciente o inconscientemente a los que se creen neutrales en situaciones críticas, y a todos aquellos que abren sus flancos a procesos de captación.

Naturalmente habrá tantas modalidades de compromiso-acción cuantas decisiones personales se tomen sobre el particular. Por ello, para saber si la decisión es válida y consecuente, se hace necesario buscar criterios definidos, como aquellos ofrecidos por la definición sartriana de *engagement*. Demos un paso más en esta dirección. Lo que sigue no debe interpretarse como una posición insular. Representa el consenso basado en la experiencia de los últimos tiempos de un buen número de sociólogos con quienes he trabajado o mantenido correspondencia sobre el particular. En vista de la falta de un cartabón de este tipo en la literatura disponible, he optado por presentar estos puntos de vista como base de discusión, sin ningún ánimo proselitista. La articulación de las ideas es de mi sola responsabilidad.

El compromiso-acción es, esencialmente, una actitud personal del científico ante las realidades de la crisis social, económica y política en que se encuentra, lo que implica en su mente, la convergencia de dos planos: el de la conciencia de los problemas que observa y el del conocimiento de la teoría y conceptos aplicables a esos problemas. El punto de convergencia sobrepasa el nivel de la producción práctica de conocimientos para tocar el nivel de la interpretación de la comunicación social, quedando así dentro de la dimensión ideológica de la ciencia que ha aprendido.³⁸ Sabido es que estos dos niveles no son paralelos ni independientes: son dimensiones simbióticas de un mismo conjunto científico, que ejercen mutuos efectos en el proceso de sistematización y avance del conocimiento. Por eso el compromiso-acción, aunque ideológico, no queda por fuera de los procesos científicos, antes por el contrario, como veremos más adelante, los enriquece y estimula.

Una vez adoptada esta actitud, el compromiso-acción lleva al científico a tomar una serie de decisiones que condicionan su orientación profesional y su producción técnica. Estas decisiones tienen las siguientes consecuencias en la acción, de donde se puede juzgar el tipo y la calidad del compromiso que adopta:

1. En su *escogencia*, por el científico, *de los temas* o asuntos por investigar y las *prioridades* que a éstos les concede, así como los enfoques y formas de manejar los datos resultantes. Algunos criterios para ello se ven más adelante.

2. En las posibilidades de *creación y originalidad* que se abren con su decisión. Cuando se tiene la actitud de compromiso con una rebelión o insurgencia de significación que se considera necesaria, estas posibilidades aumentan porque se rompen los moldes antiguos, así en la sociedad como en la ciencia, el arte y la cultura. (Ésta es, precisamente, la posibilidad que se les ofrece a los latinoamericanos de seguir un curso investigativo propio, dejando de imitar lo hecho o propuesto en países avanzados y desarrollando un pensamiento autónomo, sin necesariamente caer en la xenofobia. Es una de las grandes lecciones de la Revolución Cubana, como lo fue de la Mexicana en su primera época. La ciencia del trópico y del subtrópico, por ejemplo, está todavía por hacerse. No hay allí un cierto reto a la creatividad de los latinoamericanos?)

3. En la *determinación de aquellos grupos claves* que merecerían ser servidos por la ciencia, y la *identificación con ellos*, convirtiéndolos así en grupos de referencia del científico, a quienes éste destinaría

de preferencia sus aportes. Los grupos claves aplicarían y llevarían a sus resultados lógicos el conocimiento que se les entregara y serían fuente de demanda y de apoyo. Esta asistencia mutua permitiría una mayor efectividad y un menor margen de error en la acción de tales grupos.³⁹

Los primeros dos tipos de consecuencias son ampliamente reconocidos y existen muchas referencias al respecto en la literatura. El tercero tiene pertinencia más inmediata en lo que se viene discutiendo y a él debemos prestarle alguna atención.

Siendo que el tomar un compromiso es un asunto propio de cada investigador, el cuestionarse uno mismo sobre sus grupos de referencia —el saberse ubicado socialmente, como diría Marx— brinda un buen punto de partida. Para definir los criterios de un compromiso-acción pertinente a nuestra época de crisis, y para saber quiénes merecen recibir la asistencia de nuestra ciencia entre la plétora de grupos, movimientos o partidos posibles, por lo menos las siguientes preguntas deben ser absueltas por el científico:

1. Sobre el *previo compromiso* (pacto): ¿Con cuáles grupos ha estado comprometido hasta ahora? ¿A quiénes ha servido consciente o inconscientemente? ¿Cómo se reflejan en sus obras los intereses de clase, económicos, políticos o religiosos de los grupos a que ha pertenecido?

2. Sobre la *objetividad*: ¿Cuáles son los grupos que no temerían que se hiciese una estimación realista del estado de la sociedad y que por lo mismo brindarían todo su apoyo a la objetividad de la ciencia?

3. Sobre el *ideal de servicio*: Tomando en cuenta la tradición humanista de las ciencias sociales, ¿cuáles son los grupos, movimientos o partidos políticos que buscan servir realmente al conjunto de la sociedad, sin pensar en sí mismos, sino en el beneficio real de las gentes marginadas que hasta ahora han sido victimizadas por la historia y las instituciones? ¿Cuáles son los grupos que, en cambio, se benefician de las contradicciones, inconsistencias e incongruencias reinantes?

El no haber podido articular antes estos criterios con claridad es causa de las ambigüedades que se observan en diversas obras sociológicas del género.⁴⁰ En este territorio sin demarcar, tan lleno de fieras y tremedales, sólo la experiencia enseña. Así, es interesante constatar cómo diferentes sociólogos han visto la necesidad de reubicarse, ante la magnitud de los eventos que analizan y que les envuel-

ven al mismo tiempo. Esto puede seguir ocurriendo, aunque lleve a la pérdida de posiciones burocráticas o a amenazas a las instituciones sociológicas que no se sometan a la pauta establecida.⁴¹

El especificar la naturaleza de esta transición personal, a veces dolorosa, puede ser útil e ilustrativo. Por ejemplo, el intento de identificar grupos claves en Colombia tuvo efectos así en la interpretación sociológica como en la política nacional. Ésta fue una experiencia interesante desde el punto de vista científico, porque quedó claro que la noción de compromiso no es un simple ejercicio académico, sino que se aquilata, confirma o desvirtúa con la acción. Como se dijo antes (en la sección sobre normas), son los hechos los que en últimas van indicando la consistencia de la realidad, hasta el punto de que de allí —de los hechos y de las pruebas demostradas en la acción— podríamos saber si estamos llegando o no a los criterios finales de la objetividad en la ciencia.

Parecería una tarea urgente de la sociología latinoamericana el brindar pautas para determinar y conocer bien los grupos claves o estratégicos que quieren reconstruir nuestra sociedad, y que merecerían, por eso, no sólo ser grupos de referencia para los científicos sino también ser servidos por la ciencia. Porque con ellos sería luego el compromiso. Esta urgencia nos lleva más allá de la sociología de los sociólogos para hacer la sociología de los políticos. En ello hay que ser realistas y admitir las dificultades teóricas y prácticas de la tarea. Si aplicamos el criterio del ideal de servicio postulado atrás, esta regla podría permitirnos identificar determinadas agrupaciones que tienen como fin organizar genuinos movimientos de redención popular, y que están listas a responder de lleno al descontento y las aspiraciones de las gentes. Pero podríamos encontrar que los militantes estén a veces obsesionados por consignas irreales o dominados por sus emociones y que, en la práctica, no apreciarían totalmente el aporte científico cuando éste contradijera sus simplificaciones o prejuicios. La política puede ser ululante y acomodaticia, llevando a dilemas tácticos que inducen la disensión en las propias filas del grupo.

Pero la ululancia, la emotividad y la falta de consistencia pueden ser combatidas, así en el plano científico como en el orden político. En lo científico, competiría al sociólogo ilustrar la situación como es, suministrar datos y participar como observador-inserto en la implementación de la política derivada de esos datos. Sería esencial entonces que la influencia y el ejemplo del sociólogo logran racionalizar la acción de los grupos claves, para que llegaran a ser más eficaces y menos erráticos, articulando con seriedad sus ideales y

transformando su emotividad en mística. El sociólogo no fomentaría el dogmatismo, sino que resistiría las mitologías de los medios políticos oponiéndose a los macartismos y mostrando la vía de la evidencia y de los hechos, así sea ésta una tarea dura y malagradecida.

Con la identificación de tales grupos claves en países en etapas prerrevolucionarias no sólo se resolvería el problema práctico y concreto del compromiso, sino que también se ayudaría a iluminar el panorama general hoy tan oscuro, para hacer más fácil la tarea del cambio político y social necesario. Así también la sociología dejaría de ser la ciencia del *posmortem*, que llega a examinar los volcanes cuando ya se han apagado, para ensayar nuevas y más responsables técnicas proyectivas.

El compromiso y la acumulación del conocimiento

Veamos ahora si el compromiso-acción, como expresión ideológica, es o no perjudicial para la ciencia cuando se inclina hacia grupos políticos insurgentes o iconoclastas, especialmente si impide o favorece la acumulación sistemática del conocimiento en tales circunstancias.

En primer lugar, como ideología, es evidente que el compromiso-acción no produce en sí mismo una acumulación de conocimientos, porque lo que maneja son intuiciones, concepciones o ideales (mensajes de comunicación social, según Verón) que pueden excluirse o suplantarse mutuamente. En cambio, como hemos visto al nivel de la actividad de producción de conocimientos con el que está ligado, ayuda a la identificación de grupos claves, "ideas-guías", y temas importantes, y puede llevar la creatividad en la ciencia.

Pero el compromiso-acción no cumple estas importantes funciones en un vacío mental y conceptual, sino que tiene su fuente y su base en la percepción de un conjunto de fenómenos ya observados y de hechos registrados en el presente y en la historia: es decir, el compromiso-acción tiene una función analítica seria. Aún más: exige trabajo arduo y responsable en el proceso de análisis. La percepción y la observación en que se basa se hacen aplicando las reglas de la inferencia lógica, sin distorsionarlas, en tal forma que subsista la posibilidad del cambio en las ideas y en la visión personal por el impacto de los hechos y de la evidencia investigativa. Obviamente, es deshonesto, estéril y contraproducente desvirtuar la evidencia para que armonice con la ideología o con un mito para servir al interés que se ha escogido (aunque se han visto casos en que el rigor de las pruebas

disminuya o aumente según la atracción ideológica de la proposición que se discute). Tampoco es conveniente descartar el conocimiento serio obtenido por diversas escuelas o en etapas anteriores, ni considerarlo como de “segunda clase” por venir de otras vertientes, países, o corrientes intelectuales. Eso sería un despilfarro trágico del recurso humano. El aislamiento completo de lo que discurre en otras escuelas y en países avanzados llevaría a un atraso que nunca lograría llenarse, aparte de que se perderían contactos con grupos afines en tales países y escuelas que podrían constituirse en actuales o eventuales aliados para el esfuerzo del cambio.

Ahora bien, aun reconociendo las diferencias lógicas de nivel que existen entre el compromiso ideológico y el proceso acumulativo de inferencias, ocurre que éste no avanzaría sin la ayuda catalítica del primero. Como se ha observado en varios países para otras ciencias más avanzadas que la nuestra, el conocimiento científico puede irse acumulando *ad infinitum* ritualmente sin que la ciencia avance, produciendo en cambio confirmaciones y reconfirmaciones de hipótesis o acumulación de meros datos, pasando inclusive al cliché y lo insulso, e impidiendo síntesis comprensivas. Hasta se puede llegar a saber mucho de un problema sin necesariamente enriquecer la concepción del mismo, ni llevar a la decisión de resolverlo, si así fuera, gran parte de los que existen en la América Latina ya estarían resueltos. Así, como puede fácilmente observarse, los científicos de determinadas épocas, tan diligentes en inferir hechos, confirmar leyes y acumular datos y evidencias, se van saturando y hasta aburriendo del conocimiento adquirido —o fatigándose de la indecisión en que se atollan sus planteamientos— llegando al reconocimiento de una necesidad de cambio, de una síntesis apropiada, de un mayor ejercicio de la imaginación creadora, o de una reorientación científica. Este parece ser el caso actual de la América Latina, donde se ha llegado a una gran acumulación de datos con proliferación de reuniones, declaraciones y consensos, que piden ya a gritos, sea la implementación de las tesis o su definitivo descarte. (En realidad, es tal la acumulación de palabras e ideas que parecería conveniente declarar una moratoria a seminarios, conferencias y simposia hasta tanto no se realice una mayor confrontación con la realidad, para enriquecer la expresión con la práctica y la teoría con la acción.)

El mecanismo que lleva a la ciencia a estas etapas reiteradas de producción (y de protesta) intelectual no se encuentra en el proceso ritual o mecánico de acumulación del conocimiento, sino en aquel otro nivel de comunicación social con el que está simbióticamente conectado. Este mecanismo es ideológico, y va implícito en el compro-

miso de renovación, creatividad y acción que los científicos toman en un momento dado frente a la problemática de su ciencia y su sociedad. Va también implícito en el empeño de entender a la sociedad como un todo (lo que no es obtener un simple dato cultural), en subir a las alturas para ver los conjuntos, como aconsejaba Max Weber. La reorientación resultante permite que se reanude la acumulación del conocimiento yendo en otra dirección que se considera más adecuada, o hacia una etapa superior de técnica y teoría, redondeando el sentido de los hechos, y enriqueciendo la visión de las cosas. Lleva así a una nueva justificación de la tarea científica.

Estas ideas, por supuesto son muy conocidas, y la literatura sobre la sociología del conocimiento se ha venido enriqueciendo más y más. Schumpeter, por ejemplo, colocado hace veinte años ante una crisis intelectual semejante a la nuestra entre los economistas, logró identificar el compromiso-acción con “una visión o intuición del investigador”, claramente ideológica, que surge del “trabajo científico de nuestros predecesores o contemporáneos o bien de las ideas que flotan a nuestro alrededor en la mente pública”⁴² Esta visión se puede rastrear en la historia económica con sus premisas ideológicas, porque “la pauta del pensamiento científico en una época dada va condicionada socialmente”. De allí que tales premisas se presenten por etapas para ir conformando el cuerpo de la ciencia. Ninguna ideología económica dura eternamente —pues se van “agostando” una tras otra—, y la disciplina va saliendo de la una para llegar a la otra, según los cambios en las pautas sociales. “Siempre tendremos con nosotros alguna ideología”, concluye Schumpeter, “pero esto no es una desgracia. El acto cognoscitivo que es la fuente de nuestras ideologías, es también el requisito previo de nuestro trabajo científico. Sin él no es posible ningún nuevo punto de partida en ninguna ciencia. Por su intermedio adquirimos material nuevo para nuestros esfuerzos científicos y algo que formular, que defender, que atacar. Nuestra provisión de hechos e instrumentos crece y se rejuvenece en el proceso. Y así, si bien avanzamos lentamente a causa de nuestras ideologías, sin ellas podríamos no avanzar en absoluto”⁴³

El problema de la reorientación acumulativa de la ciencia a causa de los “cambios en las pautas sociales”, dejado un poco en el aire por Schumpeter, queda más concretamente dilucidado por Myrdal. En apoyo a lo anteriormente citado sobre el involucramiento político de los grandes economistas, este autor aplica la tesis a la etapa actual: “Ahora el liderazgo ha pasado a economistas que dirigen su atención a los problemas dinámicos del desarrollo y su planeamiento. Lo más importante que debemos destacar es que esta nueva dirección de

nuestro trabajo científico no resulta de la autónoma reorientación de las ciencias sociales, sino como consecuencia de trascendentales cambios políticos.”⁴⁴ Muchos otros científicos sociales concuerdan con él.

Y así se completa el círculo de nuestra argumentación. El compromiso-acción es ideológico e implica una visión dentro de la ciencia. Esta visión está condicionada por pautas sociales y trascendentales cambios políticos que llevan a los científicos a una evaluación de su disciplina y a una reorientación de la misma. De este proceso va resultando no sólo la acumulación del conocimiento científico, sino también su enriquecimiento, su renovación, su revitalización.

Éstas son las coyunturas que se presentan hoy a los científicos sociales ante la crisis de la América Latina, para justificar su tarea y la existencia misma de la ciencia. Es una prueba de decisión, de laboriosidad y de creatividad en la presente etapa histórica. Es una prueba que lleva a combinar el rigor científico con la participación en el proceso histórico, para ganar una postura intelectual autónoma, aunque ella pueda acarrear persecuciones e incomprendiones momentáneas. Quizás de estos empeños resulte no sólo una ciencia social más respetable, firme y propia nuestra, con una más clara definición de la crisis latinoamericana, sino también una política eficaz de cambio que lleve a una sociedad superior a la existente. Tal es la responsabilidad de los científicos y tal el *engagement* que adquirimos ante el mundo y la historia.

¹ Cf. I. A. Costa Pinto, *La sociología del cambio y el cambio de la sociología*, Buenos Aires, EUDEBA, 1963, pp. 44-61, 215-218.

² Al hablar de ideología en la ciencia nos referimos a la modalidad que el juego de ideas toma como “representación del proceso de producción de conocimientos”, que va ligado a “las interpretaciones sobre la naturaleza de la sociología y sus características”, como lo indica Eliseo Verón en su estudio, “Ideología y producción de conocimientos sociológicos en América Latina”, *América Latina*, año II, núm. 4, octubre-diciembre 1968, pp. 23-30. Por lo tanto, no deben confundirse los conceptos teóricos, ni los sistemas de valores, con la ideología así entendida, aunque todos inclusive la ideología, forman parte del cuerpo de la ciencia e intervienen simbióticamente en la acumulación del conocimiento (véase la última sección de esta ponencia).

³ Por supuesto, ya habían aparecido obras preocupadas por el proceso general del cambio social y económico, como las del grupo del Instituto Superior de Estudios Brasileiros (ISEB), entre otros: Hélio Jaguaribe, *O nacionalismo na atualidade brasileira*, Río de Janeiro, 1958; Álvaro Vieira Pinto, *Ideología e desenvolvimento nacional*, Río de Janeiro, 1960; y Cândido Mendes de Almeida, *Perspectiva atual da América Latina*, Río de Janeiro, 1960.

⁴ Principalmente Celso Furtado, Jorge Ahumada, Aníbal Pinto, Osvaldo Sunkel y Juan F. Noyola.

⁵ Alberto Guerreiro Ramos, *La reducción sociológica*, México, UNAM, 1959; Sergio Bagú, *Acusación y defensa del intelectual*, Buenos Aires, Editorial Perrot, 1959.

⁶ Centro Latinoamericano de Pesquisas em Ciências Sociais, *Resistências a medança*, Río de Janeiro, Editôra Lioro, S. A., 1960. En esta reunión se hicieron presentes, entre otros extranjeros al área, C. Wright Mills y Jacques Lambert, cuyas obras siguieron ejerciendo alguna influencia en este movimiento.

⁷ Octavio Ianni, "Estudo de comunidade e conhecimento científico", *Revista de Antropologia*, vol. 9, núms. 1-2, 1961 (São Paulo), pp. 109-119. De este mismo autor se registran luego, dentro de este campo, "Sociologia da sociologia na América Latina", *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, vol. 4, núm. 1, junio 1966, pp. 154-182, y "Sociology in Latin America", en *Social Science in Latin America*, editado por M. Diégues Junior y B. Wood, New York, Columbia University Press, 1967, pp. 191-216.

⁸ Camilo Torres, "El problema de la estructuración de una auténtica sociología latinoamericana", Bogotá, Facultad de Sociología, Lecturas Adicionales, 1961, reproducida ahora en diversas recopilaciones.

⁹ Costa Pinto, *op. cit.* La obra de este autor, en la dirección del "compromiso", viene de muy atrás. El primer capítulo del libro comentado fue una conferencia pronunciada en la Universidad del Brasil el 15 de mayo de 1947 y publicada en la revista *Sociologia de São Paulo* meses después, con alguna oposición. Los trabajos subsiguientes de Costa Pinto se fueron enfocando en el mismo sentido: *O negro no Rio de Janeiro* (1953), *As ciencias sociais no Brasil* (1956), "Sociología y cambio social: quince años después", *Revista Brasileira de Ciências Sociais* (1961). Sin embargo, el impacto firme a nivel continental lo da la obra citada en el texto.

¹⁰ Florestán Fernandes, *A sociologia numa era de revolução social*, São Paulo, Companhia Editora Nacional, 1963.

¹¹ Debe tomarse nota también de los comentarios pertinentes de José Medina Echavarría en sus *Aspectos sociales del desarrollo económico en América Latina*, UNESCO, 1963, vol. 2, pp. 46 y ss.

¹² Varios trabajos e intervenciones (como en el acto de clausura) reflejaron el ambiente y expectativas que reinaron durante el Congreso: hubo una invitación a seguir ensayando la vía autónoma de desarrollo científico en la sociología latinoamericana. El efecto del Congreso en Colombia protocolizó la tendencia marcada ya con la publicación de *La violencia en Colombia* (1962-1964), tendencia que siguió el recién creado Programa Postgraduado de Sociología del Desarrollo con los colegas latinoamericanos incorporados a la Facultad: Guillermo Briones, Jorge Graciarena, Luis Ratinoff.

¹³ Jorge Graciarena, "Algunas consideraciones sobre la cooperación internacional y el desarrollo reciente de la investigación sociológica", *Revista Latinoamericana de Sociologia*, vol. 1, núm. 2, julio 1965, pp. 231-242.

¹⁴ Torcuato S. Di Tella, "La sociología en América Latina", *Revista Latinoamericana de Sociologia*, vol. 3, núm. 1, marzo 1967.

¹⁵ Juan F. Marsal, "Los intelectuales latinoamericanos y el cambio social", *Desarrollo Económico*, vol. 6, núm. 22-23, julio-diciembre 1966. Véase también su análisis de teorías contenido en *Cambio social en América Latina*, Buenos Aires, Ed. Solar/Hachette, 1967.

¹⁶ Claudio Veliz, editor, *Obstacles to Change in Latin America*, Londres, Oxford University Press, 1965.

^{16a} Juan Carlos Agulla *et al.*, *Del Sociólogo y su compromiso*, Buenos Aires, Edit. Libera, 1966.

¹⁷ Rodolfo Stavenhagen, "Siete tesis equivocadas sobre América Latina", *Desarrollo Indoamericano*, vol. 1, núm. 4, 1966, pp. 23-27.

¹⁸ Pablo González Casanova, "La nouvelle sociologie et la crise de l'Amérique Latine", *L'homme et la société*, núm. 6, octubre-noviembre 1967, pp. 37-47; y su libro, *Las categorías del desarrollo económico y la investigación en ciencias sociales*, México, UNAM, 1967.

¹⁹ Manuel Maldonado Denis, "Sobre el uso y abuso de las ciencias sociales", *Ciencias Sociales* (Cumana, Venezuela), vol. 4, núm. 1, junio 1968.

^{19a} Eliseo Verón, *op. cit.*, pp. 19-48; y su reciente libro, *Conducta, estructura y comunicación*, Buenos Aires, Editorial Jorge Álvarez, 1968.

²⁰ Theotonio dos Santos, "La crisis de la teoría del desarrollo", *Boletín del Centro de Estudios Socioeconómicos de la Universidad de Chile*, núm. 3, 1968; "La crise de la théorie du développement", *L'homme et la société*, núm. 12, abril-junio 1969, pp. 43-68.

²¹ Aldo Solari, "Algunas reflexiones sobre el problema de los valores, la objetividad y el compromiso en las ciencias sociales", *Aportes*, núm. 13, julio 1969, pp. 6-24; "La crise sociale obstacle à l'institutionnalisation de la sociologie en Am. Latine". *Revue Int. des Sc. Sociales*, vol. 21, núm. 3 (1969), pp. 478-489.

²² O. Fals Borda, "Ciencia y compromiso", *Aportes*, núm. 8, abril 1968, pp. 117-128. Trabajos anteriores pertinentes del mismo autor: "Nuevos rumbos y consignas para la sociología en Colombia", Bogotá, Facultad de Sociología, Lectura Adicional 179, octubre 1965; y su ponencia en el Congreso Mundial de Sociología en Evian (Francia), sobre "sociología subversiva", reproducida en *Kölner Zeitschrift für Soziologie*, año 18, núm. 4, 1966, pp. 702-710.

²³ Para fines comparativos, en otras ciencias: *Social Research*, vol. 35, núm. 4, invierno 1968; *Current Anthropology*, vol. 9, núm. 5, diciembre 1968; números recientes de *Catalyst* y del *Berkeley Journal of Sociology*; Rui Mauro Marini, "La crisis de la sociología latinoamericana", *La Gaceta* (del Fondo de Cultura Económica), junio 1968; "Necesidad de nuevos enfoques en la enseñanza e investigación en ciencia económica en América Latina" (documento firmado por un centenar de economistas de 17 países, reproducido en varias publicaciones); la "Declaración de antropólogos mexicanos", publicada en *América Indígena* (1969); etcétera.

²⁴ Para la Asamblea de CLACSO: Juan F. Marsal, "Sobre la investigación social institucional en las actuales circunstancias de América Latina (este estudio, como lo reconoce el mismo autor, es un repliegue a posiciones científicistas que llevan otra vez a la "torre de marfil", en esta ocasión reforzada como bastión anti-político); Miguel S. Wionczek, "Los problemas de la investigación sobre el desarrollo económico-social de América Latina"; Marcos Kaplan, "La ciencia política latinoamericana en la encrucijada", todos mimeografiados para una futura publicación del Consejo.

²⁵ Verón, *op. cit.*, p. 26.

²⁶ Cf. Kaplan, *op. cit.*, pp. 10-40. Esta idea originalmente es mertoniana. Pero a ella han suscrito muchos otros científicos, notablemente Barrington Moore. Véase también de José Honorio Rodrigues, *Vida e historia*, Rio de Janeiro, Ed. Civilização Brasileira, 1966.

²⁷ Marsal, "Sobre la investigación" p. 12.

²⁸ Debo a Kaplan la idea de "inserción" como la presenta en su trabajo ya citado, p. 40.

²⁹ González Casanova, *La nouvelle sociologie*, p. 44.

³⁰ Johan Galtung, "Correlación diacrónica, análisis de procesos y análisis causal", *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. 5, núm. 1, marzo 1969, pp. 94-121. No deben confundirse estas proyecciones con los simples cálculos de tendencias que se usan sobre todo en la demografía. Estos son modelos más dinámicos y de muchas variables.

³¹ González Casanova, *La nouvelle sociologie*, pp. 42-43; Wionczek, *op. cit.*, p. 8.

³² Este punto de vista es ampliamente reconocido, aunque no se haya llevado a la práctica en universidades y centros sino en escala muy limitada. Véanse, entre otros, los planteamientos de Costa Pinto, *Sociología del cambio*; González Casanova, *Categorías*; Wionczek, "Problemas de la investigación", pp. 2-3, 9. Según Jean Labbens, este esfuerzo integrador es un fenómeno original de América Latina sin equivalentes en Europa y Estados Unidos, del que puede resultar una nueva teoría del cambio social y hasta una sociología rejuvenecida; véase "Les rôles du sociologue et le développement de la sociologie en Amérique Latine", *Revue Internationale des Sciences Sociales*, vol. 21, núm. 3 (1969), pp. 460-464.

³³ Gunnar Myrdal, *Var Truede verden*, Oslo, Pax, 1965, traducido y citado por Gutorm Gjessing, "The Social Responsibility of the Social Scientist", *Current Anthropology*, diciembre 1968, p. 398.

³⁴ Cf. André Gunder Frank, "Sociología del Desarrollo y subdesarrollo de la sociología", *Pensamiento crítico*, núm. 23, 1968, pp. 152-196, también publicado en *Desarrollo indoamericano* (Barranquilla, Col.), núm. 10, mayo 1969, pp. 30-43; y su "Latinoamérica: subdesarrollo capitalista o revolución socialista", *Ruedo Ibérico* (París), núm. 15, octubre-noviembre 1967, pp. 78-82.

³⁵ Véase cómo este nuevo tipo de sociología comprometida va produciendo obras importantes, como los recientes libros de Pablo González Casanova, *Sociología de la explotación*, México, Siglo XXI, 1969, y Theotonio dos Santos, *Socialismo o fascismo, dilema latinoamericano*, Santiago, Prensa Latinoamericana, 1969.

³⁶ H. J. Krysmanski, *Soziologische Politik in Kolumbien*, Dortmund, COSAL, 1967. Véase su traducción al español en la revista *Eco*, núm. 100, agosto 1968, pp. 404-433 y núm. 101 (noviembre 1968). Admito esta mezcla en mi propia obra, *Subversión y cambio social* (Bogotá, Tercer Mundo, 1968); pero parece generalmente aceptado que los conceptos (nuevos y viejos) allí introducidos son, en todo caso, sociológicos. Cf. Solari, *op. cit.*, pp. 22-23.

³⁷ Jean Paul Sartre, *Questions de méthodes*, Paris, Gallimard, 1960, pp. 26-31 (especialmente). La idea de *engagement* fue presentada con fuerza en la década de 1930 por Paul Nizan, *Les chiens de garde*, Paris, François Maspero, edición de 1968, pp. 37-54, quien se basó, en parte, en Lenin y su repulsa a la etiqueta de los "sin partido".

³⁸ Cf. Verón, *op. cit.*, p. 29.

³⁹ Cf. González Casanova, *La nouvelle sociologie*, p. 42; Kaplan, *op. cit.*, p. 49.

⁴⁰ Mi primer libro sobre la subversión es un caso claro de ambigüedad, y sobre ello se justifica la crítica de Solari (*op. cit.*, pp. 18-19). Fue escrito antes de haberme ubicado socialmente, lo que produjo un desenfoque al identificar grupos claves. Este defecto he intentado corregirlo en posteriores ediciones, incluyendo la inglesa (*Subversion and Social Change in Colombia*, New York, Londres, Columbia University Press, 1969). Cf. mi otro opúsculo, *Las revoluciones inconclusas en América Latina, 1809-1968*, México, Siglo XXI, 1968.

⁴¹ El último caso importante puede ser el de Alain Touraine, cuyo libro *Sociologie de l'action*, Paris, Seuil, 1966, p. 15, ya manifiesta sus dudas, que luego encuentran cauce apropiado en su último estudio sobre *Le mouvement de mai, ou le communisme utopique*, Paris, Seuil, 1968, otro magnífico ejemplo de sociología *engagée*.

⁴² Joseph Schumpeter, "Science and Ideology", *American Economic Review*, núm. 2, vol. 39, marzo 1949, pp. 345-359; traducido como *Ciencia e ideología*, Buenos Aires, Eudeba, 1968, p. 20.

⁴³ *Ibid.*, pp. 40-41.

⁴⁴ Myrdal, *op. cit.*, p. 398.